Por suerte

Por suerte que nací en América,
en el siglo del viento,
del antiguo viento
que sopla y sopla,
del viento de la memoria,
con voces viejas, voces niñas,
que cantan,
hoy, con nosotros, cantan,
por suerte que nací, me tocó,
en el Río de la Plata,
donde me rodearon de adjetivos
–la gorda Mirta, el turco Amir,
el negro López, la flaquita Anahí,
el armenio Vuchumián, el indio Artigas,
la rusa Tania, el ñato Fernández–,
por suerte mi barrio era Geografía
–Humana, así la llamaban–,
y el verdulero, era el Portugués,
y el taximetrista, el judío Samuel,
y el panadero, el gallego José,
por suerte que pude viajar
–cerquita, un poquito por nuestras tierras–
y el tano Bebeacua me invitó con su vino,
y el canario Luna me cantó su Pierrot,
por suerte pude tomarme una grapa
–uruguaya o 'brasilera',
dulzona o con carqueja,
'catinguda' o seca,
siempre ofrecida
como una mano tendida,
de corazón–,

por suerte la diversidad
era identidad
y notándola,
no la notábamos,
ni ellos mismos se la notaban,
y la identidad era riqueza,
y nos asustaban los fantasmas,
y no éramos sólo fantasmas,
sin identidad, sólo números,
residentes o emigrantes,
por suerte que exilio
era una palabra rara,
de libro de texto,
y desexilio no figuraba
ni en los manuales de estudio,
y la nieta de Patoruzito
era nieta de rusos y polacos,
y teníamos palabras hermosas,
sin acepción a veces en los diccionarios,
la Vieja, 'laburando' en casa,
el Viejo, hoy vuelve más tarde,
Doña Amalia, en aquella esquina,
Don Fermín, en el ranchito de lata,
el Vesre, hablo para que otros no entiendan,
el Pan y la Comida, no se tiran,
el Plato, se deja limpio,
Piense, del verbo pensar,
Hay otros más pobres que vos,
'Hay quien no tiene
ni en donde caerse muerto',
y tantos adonde ir
porque allí tengo cama,

coquitos de paraíso, hondas de palo,
el Cuervo, con sotana,
la Sierra, Maestra,
la Sellada, figurita que no se encuentra,
la Chilena, y golazo,
la Pasada entre los Ganchos, y grito,
camiseteros, siempre,
de cuadros chicos y grandes,
volviendo a casa,
desgañitados, de tanto aullido,
de tanta risa,
gozándonos la vida,
la Barra, en la esquina y en el café,
y por suerte los dramas
eran sólo melodramas,
cantados o radiales,
de una hora
de guitarra y bandoneón,
o de historias que se continuaban,
diariamente,
con él que no volvía,
con ella que se iba,
con lunas llenas
en cielos estrellados,
con perros que ladraban
–sin saber qué hacer
alrededor del rancho–,
con el candombe bailando
de pies descalzos,
y por suerte los dramas dramas
eran dramas,
y hacíamos silencio,

y no volaba una mosca,
porque murió la Abuela de Antonio,
y estábamos de pie,
con lágrimas en los ojos,
desgañitados de dolor,
porque supimos
de Ñancahuazú,
de Ernesto y Moisés,
de la Casa de la Moneda,
de Salvador y Santiago,
de La Paz y Juan José,
de tanques que entran,
de mineros inermes,
dramas dramas
y fiestas fiestas,
dramas, de novela,
y fiestas, fiestitas,
una cosa de locos
como éramos,
jurguillos de la vida,
nosotros,
–¿y los Viejos?
–peor, maestros y relocos,
se morían de infarto,
de tanta locura,
–¿y ustedes?
–nosotros bien, te lo dije,
jurguilleando,
gozándonos la vida-,
porque las fiestas
eran fiestitas,
en la casa de un amigo,

y las fiestas fiestas
eran fiestas,
y nos abrazábamos,
como pa' la foto,
y había fotos y masitas,
y 'sangüichitos' con jamón,
porque Jacinta tuvo una nena,
y le pusieron Celeste Blanca
–pero la llamábamos Blanquita
por Doña Blanca, la Abuela–,
y nos apasionábamos,
viendo mujer en las mujeres,
enloquecíamos,
sin distinción de pelajes,
las veíamos pasar,
con sus tetitas o pechos grandes,
tal como las echaron en el mundo,
las esperábamos horas,
para ver su caminar, sin tacos,
eran muñequitas o muñeconas,
sin maquillaje o poco,
y soñando, codo a codo,
no había mujer ni hombre,
y por suerte teníamos tantos dioses
y personajes de respeto,
el ombú, sin flor pero con su sombra,
de copa ancha y muy señor,
el ceibal, sin cáscara y con sabor de miel,
de color rojizo, besador de sueños,
el hornero, sin pan pero con su casita,
de barro, como los ranchos,
el señor río, ancho y con remansos,

como recodos conocidos,
manso y fresco, para todos,
saltarín y brillante,
a veces remolineante,
el teru teru, nos asustaba,
pero nadie lo tocaba, por respeto,
el cóndor, estaba allá arriba,
hablando con las montañas,
y por suerte me convidaron
y cebé tantos mates,
hice tantos asados,
y me los compartieron,
jugué a la bolita y con autitos de lata,
y pude comer uva con mi abuelo,
gozándonos la vida,
y por suerte tuve un hermano,
que me llevó a pasear con el Tata,
–era un muchachito down,
pegado a mi hermano
como una estampilla–,
gozándonos la vida,
y por suerte tuve una cuñada
–como tantos la tuvimos,
o cuñado, o amigo, que más da–
que juntaron sus fuerzas,
pocas y tantas,
para tener una ambulancia, una,
allá, en el medio del campo,
por suerte no tengo que ponerme a buscar nombres,
son tantos,
y a los nombrados ni les importa que los nombre,

por suerte
que el pintor de letras me hablaba de Botticelli
y en la escuela cantábamos
sin saber si era música argentina,
uruguaya o paraguaya,
y el mburucuyá y el urutaú eran nuestros,
y los ríos de pájaros pintados
eran indios, guaraníes y charrúas,
sin saber, o mejor dicho sabiéndolos,
sabiéndolos nuestros,
cantábamos el Cielito lindo y los corridos,
las llaneras y las sambas,
los hombres eran de maíz
y bailaban carnavalitos,
la Niña era de Guatemala
y Caminito era un tango
y era el del Indio,
el de Humahuaca,
y por suerte los muros
eran muritos, para sentarse,
y no había muros en nuestros sueños,
por suerte los alambrados,
ya entonces prepotentes,
dividían campos y animales,
pero no a la gente,
por suerte decíamos, hablando de fronteras,
'o de este lado o del otro',
'o blanco o negro'
–racistas con los negreros–,
por suerte decíamos, hablando de escuela,
'para todos',

por suerte decíamos, hablando de hospitales,
'para todos',
por suerte decíamos, hablando de trabajo,
'para todos',
por suerte que las cometas
volaban en primavera,
y el cielo era azul celeste,
sin aviones que hacen piruetas,
y la tierra era Pachamama,
y las putas eran vecinas vírgenes,
y los viejos morían jóvenes,
y jugábamos a las adivinanzas
'–decíme un nombre feo lindo
–esa es fácil: Farabundo
–¿y de mujer?
–es más fácil todavía: Rigoberta',
gozándonos la vida,
y era todo un gran manicomio,
locos de remate, que se batían en duelo,
de sombrero blanco, por cosas dichas,
locos de atar, que cruzaban el Atlántico,
de allá para aquí y para allá,
porque no alcanzaba soñar,
sólo aquí y sólo allá,
locos indomables, de esos peligrosos,
que dieron su vida, aquí y allá,
locos de 'se busca',
'se ofrece recompensa',
que caminaban, aunque rengos,
que seguían oyendo, aunque sordos,
locos para encerrar,
con camisa de fuerza,

locos que seguían viviendo,
aunque arrojados al mar,
locos que seguían soñando,
arrojados en medio de la selva,
locos torturados hasta la muerte,
que nos abrazaron con su último suspiro,
tierras de locos, de locos cocineros,
de grandes cocineros,
chiquitos como nosotros,
¿y nosotros?
gozándonos la vida,
hartándonos con el guiso
que nos regalaban, dando su vida,
un guiso con de todo
y todo mezclado:
gritar goles en los estadios,
escuchar poetas,
manifestar juntos por las calles,
ver al pobre-rico,
paraguayo contento
con su camisa de lino blanco,
chileno, con su pisco,
jujeño, con su poncho colorido,
ver colores que te limpian los ojos,
comer hasta reventar
dulces que no te empalagan,
querer ir a todas partes,
para llenarse el corazón de gentes,
para ser capaces de contar el mar
a quienes nunca lo vieron,
ni lo verán,
y revolviendo el guiso,

ver las tierras rojas como venas,
oír charangos y marimbas,
escuchar las explicaciones
–con atención,
porque hay que aprender de los grandes–,
hacer rueda de amigos,
con alguno que canta un poco
y otro que un poco toca la guitarra,
y lo peor, en este manicomio,
lo peor es lo mejor,
es haber tenido la suerte
de tener la tanta suerte
de haber vivido con tantos locos,
con los hijos del viento y la esperanza,
y por suerte que las palabras eran andantes,
y las luces, las del siglo,
y los ríos eran profundos,
y Gabriela, clavo y canela,
y caminábamos por cordilleras altas,
sin vértigo,
y navegábamos océanos y ríos,
sin barcas,
y éramos expertos de la selva tropical,
en medio de la pampa,
y cantábamos Volver,
sin habernos ido,
sin obligación,
necesidad-obligación de hacerlo,
y llorábamos la barca de pescadores,
hundida,
sin imaginar la barbarie, porque,

por suerte, no volvieron a hundirse
en nuestros mares las barcas
de esclavos viejos
y nuevos inmigrantes,
por suerte que fuimos de brazos abiertos,
y nos jodieron mil veces,
y mil veces seguimos de brazos abiertos,
por suerte hicimos tantas fogatas,
y los bomberos nunca apagaron los incendios,
por suerte hubo siempre uno que decía:
"¡la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!"
y otro en coro
"junto a cada pobre,
me encontrarás cantando,
bajo cada sábana del hospital imposible,
encontrarás mi canto"
y otro en coro
"sigan ustedes sabiendo que,
mucho más temprano que tarde,
de nuevo, se abrirán las grandes alamedas
por donde pase el hombre libre"
y otro en coro
"dígale a su amo que cuando me falten hombres
para combatir a sus secuaces,
los he de pelear con perros cimarrones"
y otro en coro
"es la hora de los hornos
y no se ha de ver más que la luz"
y por suerte ya lo sé, me lo dijeron,
"¡qué difícil es
cuando todo baja

no bajar también!”
y ya lo sé, me lo dijeron,
que han hecho un gran desierto
de nuestras tierras de colores,
que hay tantos enfermos,
que caminan viejos y rengos,
y jóvenes como fantasmas,
y son perros que olfatean en basurales,
–y a ustedes,
perros cimarrones,
les pido perdón por los basurales,
por lo que no hicimos,
por toda la suerte que tuvimos,
y me atrevo a pedirles que ladren
y muerdan–,
y otro en coro
teatral, Fuenteovejuna,
y otro en coro
guitarreando, Ocho letras, Libertad,
y otro en coro
repicando, ¡A redoblar!
y por suerte que pude ir a la escuela,
y que a nuestro general,
el Protector de los Pueblos Libres,
lo llamábamos Don José,
Don, como a Don Mario, el almacenero del barrio,
el mismo Don José que nos habló en la escuela:
“que los más infelices sean privilegiados”,
y por suerte que me lo enseñaron desde chiquito,
que tuve y tengo el orgullo
de haber tenido buenos maestros,

por suerte que crecimos creyendo,
por suerte que crecimos soñando:
vivir niños, mujeres y hombres,
vivir dignos,
con la suerte de nuestra suerte,
tan poca y tanta,
de ser hijos del viento,
de ser hijos, con padres ciertos y muchos,
de tierras americanas.

Héctor Tierno
16 de setiembre de 2009

América, obra de Miguel Fabruccini
*Audiovisual (9'59"): **Por suerte***
en: https://www.youtube.com/watch?v=dh0aYe7osrs

♣♣♣ ♣♣♣